

la agrupación de los fragmentos según el manuscrito al que pertenecen, completando, en ocasiones, lo que había hecho Horner. Esta laboriosa tarea es sin duda la mayor aportación de la presente edición del evangelio de san Marcos en copto sahídico, como lo había sido anteriormente en la edición del evangelio de san Mateo. Para la parte introductoria, remite a la introducción general de la edición de Mateo, presentando aquí lo específico de Marcos y proponiendo algunas actualizaciones.

Aunque hubiéramos podido esperar una traducción al castellano que permitiese la acogida del libro en un público más amplio, quisiéramos alabar esta obra por su alto nivel científico, con la esperanza de que el autor publique pronto los fragmentos de Lucas y el texto de Juan del mismo códice M 569.

Philippe MONOD

**Mauro LÁCONI**, *Il racconto di Giovanni*, Città Nuova, Asis 1989, pp. 431, 11x19 cm.

Ya en la introducción nos habla el A. de la iglesia joannea, «una comunità, a giudicare da quanto emerge dalle pagine del quarto vangelo, dalle caratteristiche molto nette» (p. 5). Hemos transcrito este pequeño párrafo porque en él se insinúan dos aspectos interesantes de destacar. Por una parte se apunta al reflejo que en el texto se da de los destinatarios del evangelista, de aquella iglesia a la que el hagiógrafo se dirige en su escrito, influyendo en cierto modo dicha iglesia sobre los temas que se tratan y, de alguna forma, también en el modo como se tratan. Por otra parte da la impresión, ya a primera vista, de que la redacción fue realizada por dicha comunidad, inclinándose así Láconi por la teoría, hoy bastante generalizada, acerca de la composición de este evangelio, que la atribuye no a San Juan, sino a determinadas comunidades en las que el hijo de Zebedeo ejerció su ministerio apostólico. Así parece deducirse de lo que afirma más adelante, cuando al narrar la multiplicación de los panes y los peces en clave eucarística, afirma que la comunidad joannea tenía ya una liturgia pascual centrada en la Eucaristía cuando dicha comunidad «riferiva così lo accaduto» (p. 124). También al comentar el pasaje de los griegos que quieren ver a Jesús (Jn 12,20-21), insinúa que el relato se deriva de «una Chiesa non palestinese ma mediterranea, composta in gran parte di pagani convertiti» (p. 250).

Sobre el mismo tema afirma que no estamos seguros de poder dar un nombre, aunque la antigua tradición cristiana, pocos decenios después de su composición, lo identifica «—presumiblemente su *buone basi*—» (p. 6) con Juan, hermano de Santiago e hijo de Zebedeo, uno de los Doce. Es cierto, sigue diciendo, que se trata de un personaje histórico, y no de un mero símbolo. Como tal lo presenta de forma concreta y realística el evangelio. Dice también que el IV Evangelio, tal como lo leemos hoy, no pudo ser escrito personalmente por San Juan, pues lo impiden —afirma categórico— al menos problemas de tipo lingüístico. Aunque, eso sí, la relación de San Juan con el IV Evangelio no puede ser demasiado reducida, pues a su testimonio se refiere de forma insistente hasta «*obbligarci a riconoscere il vangelo come sostanzialmente 'suo'*: almeno nel senso che le caratteristiche essenziali risalgono fundamentalmente alla sua testimonianza. Una testimonianza dunque antica, solida, originaria, non meno valida — anche sul piano dei ricordi storici— di quella che sta alla base dei vangeli sinottici» (p. 6-7). Como vemos es la suya una postura intermedia entre la no autenticidad joannea y la autoría de San Juan. Con respecto a los problemas de tipo lingüístico que impiden afirmar la autenticidad joannea, no los expone, dándolos por sabido. Pero tales argumentos no tienen tanta consistencia como Láconi pretende, al menos para concluir tajantemente que San Juan no es en modo alguno autor del IV Evangelio. De hecho en más de una ocasión el A. se pronuncia, en cierta forma, por la autoría joannea (cfr. pp. 91-192, 209, 403, 411; etc).

Trata también de otras cuestiones introductorias de una manera un tanto original y, quizá, poco sistemática. Así, por ejemplo, no habla de aspectos propios del IV Evangelio, como son su marcado interés por la liturgia, o el uso y valor de los símbolos, así como la interesante relación que se da entre historia y teología.

Declara que su intención es facilitar una guía de lectura, que ayude a descubrir la coherencia y las ricas virtualidades del texto sagrado (cfr. p. 12). De acuerdo con este propósito se van presentando y comentando las diversas perícopas, tomando como versión la de la CEI, (Conferencia Episcopal Italiana), aunque a lo largo del comentario va introduciendo algunas modificaciones, más fieles según el A. al original griego. Prescinde de notas a pie de página y, en contraposición, añade al final de cada apartado una pequeña nota bibliográfica, reducida pero en general selecta y actualizada. En alguna ocasión, sin embargo, se echa de menos algún título o autor. Así, por ejemplo, en p. 390 cita un artículo de I. de la Potterie sobre la Pasión de Cristo en San Juan, prescindiendo de su último libro,

editado en 1986, sobre el mismo tema. Pero en general, repetimos, la bibliografía es interesante y válida.

Comienza por el Prólogo, al que dedica bastante espacio. Se inclina por una estructura tripartita (vv.1-5; 9-14; 16-18) que se aparta de las que se suelen presentar y prescinde de los vv. 6-8 y 15 relativos al Bautista. Resulta, a nuestro entender una división un tanto forzada y que no destaca suficientemente el meollo de la teología del Prólogo, como es la Encarnación del Verbo y la filiación divina de cuantos creen en El.

Divide el resto del Evangelio en dos grandes partes (Jn 1,9-12 y 13-20) y un epílogo (Jn. 21). Hace al mismo tiempo una serie de subdivisiones (1, 19-3,36; 4-6; 7-8; 9-11,54; 11,55-12,50), que en la segunda parte (13-16; 17; 18-20) nos parecen más lógicas y coherentes que las subdivisiones de la parte primera, donde hay capítulos, como el 9 y el 10, que entran de lleno en la Fiesta de los Tabernáculos, iniciada en Jn 7 y continuada en Jn 8-10.

A lo largo de la exposición, destaca el A. aspectos de gran importancia en la teología joannea. No obstante, a veces se muestra un tanto indeciso en aceptar interpretaciones teológicas primordiales. Así, por ejemplo, no se pronuncia con claridad sobre el carácter eucarístico que tiene el discurso del Pan de vida en la sinagoga de Cafarnaún (cfr. p. 134). Tampoco destaca como sería conveniente los relatos mariológicos del IV Evangelio, en especial Jn 19,25-27, donde se prescinde prácticamente de la importancia del v.28 en orden a interpretar cuanto antecede.

La cuestión del supuesto antipetrinismo de San Juan la trata con acierto, subrayando diversos momentos en los que el texto joanneo resalta la figura de Pedro (cfr. pp. 395, 417). También se inclina, aunque sin desarrollarlo de modo suficiente, por la presencia del sacerdocio de Cristo en el IV Evangelio (cfr. p. 311).

En ocasiones recurre a la exégesis patrística, aunque no tanto como sería de desear (cfr. pp. 100, 150, 186, etc). En algunos momentos refuta las teorías que relacionan el IV Evangelio con el gnosticismo, defendiendo la originalidad del escrito joanneo (cfr. pp. 116, 184).

La exposición resulta demasiado densa y maciza, abusando de textos continuos, sin puntos y aparte. Hay párrafos que ocupan páginas enteras (cfr. pp. 27-28; 32-33; 158-159; etc.). No obstante, la lectura no se hace pesada, dado el buen estilo del A., cuya obra viene a enriquecer la ya abundante bibliografía sobre el Evangelio según San Juan.

Antonio GARCÍA-MORENO